



GIOCONDA BELLI (1948-)

Sobre la autora y su obra

Gioconda Belli, poeta y novelista nicaragüense, nació en Managua en 1948. En 1970 publicó sus primeros poemas y también ingresó al Frente Sandinista de Liberación Nacional. Pocos años después, a causa de la persecución del régimen somocista, tuvo que exiliarse en México y Costa Rica. En 1978 ganó el premio Casa de las Américas por su colección de poemas *Linea de fuego*. Con el triunfo de la revolución en 1979, ella volvió a Nicaragua donde encontró trabajo bajo el nuevo sistema político. Actualmente vive en Santa Mónica, California. En su obra, trata con frecuencia temas eróticos donde su cuerpo le sirve como metáfora de sus luchas ideológicas.

Una Navidad como ninguna otra

Gioconda Belli

No sabría decir a qué hora me empezó el desasosiego, pero sé que en el almacén donde compraba los juguetes para mi hija Maryam, me sentí claustrofóbica, agobiada y hasta febril. Fue por eso que acepté, sin pensarlo dos veces, la oferta de don Jorge, el dueño, de que dejara mis regalos empaquetados¹. El se haría cargo², me dijo. Yo no tendría que hacer cola frente a la sección de empaque. El favor me pareció una bendición: Me habían unos empaques preciosos y yo me podría ir a mi casa a descansar. La cara de don Jorge se me antojó³ radiante y luminosa, como la de un Rey Mago⁴ oculto bajo camisa y pantalón de lino⁵ beige.

—No sabe cómo se lo agradezco —repetí no sé cuántas veces. Salté del almacén atiborrado de compradores y respiré el aire de la calle con profundo alivio⁷. Tenía el pecho oprimido. Noté que hacía mucho calor, un calor inusual para esa época en Managua. Por ser el fin de la estación lluviosa, diciembre aún conserva cierto frescor. Además, los vientos alisios⁸ soplan con fuerza y contribuyen a aminorar⁹ el húmedo bochorno¹⁰ del trópico. Pero los vientos alisios no soplaban esa tarde. Las hojas de los árboles estaban inmóviles. La gente que subía y bajaba apresurada por la avenida cargando sus paquetes, sudaba acalorada. Caminé sintiéndome extrañamente ajena a la excitación del espíritu navideño. Sólo quería llegar a mi casa y acostarme. No quería tener la obligación de sentirme feliz, ni quería oír más villancicos¹¹ o sonreír con lastima al tipo distraído de Santa Claus que se paseaba por la calle¹² vestido para el Polo Norte, rodeado de niños (mendigos) cuyos harapos¹³ y sucias caritas se reflejaban, haciendo un contraste sobre las vitrinas escarchadas con nieve artificial¹⁴. [...]

Era la Navidad de otra cultura u otro clima, pero todos lo aceptaban sin rechistar mientras caminaba a estacionamiento tenía la sensación de estar ajena a la celebración, angustiada por una pesadez que no sabía a qué atribuir. Quizás se debía a que no podía evadirme de la conciencia de que la Navidad era una fiesta donde la pobreza se hacía más flagrantemente¹⁵. Era la fiesta de quienes habían comido la nieve, en un país donde la mayoría no tenían acceso siquiera al agua potable.

Llegué a mi casa y me tiré en la cama. Mi hija vino y se me subió encima. Su cara traviesa y dulce hacía que todo esfuerzo

valiera la pena. A la medianoche del día siguiente, el 24 de diciembre, su padre y yo pondríamos los juguetes al lado de su cama para que ella los viera al despertar. Imaginé su alegría cuando viera la preciosa granja roja con los animalitos diminutos. A sus cuatro años, ya disfrutaba la fantasía. Cada Navidad era más divertido verla reaccionar ante los regalos. Yo había seleccionado cuidadosamente cada uno para lograr el máximo efecto con el limitado presupuesto de que disponíamos¹⁶ como joven matrimonio trabajador. Cantidad antes que calidad era en esto mi filosofía. Quería que ella despertara y viera un montón de juguetes. Sabía por experiencia que mientras más grande era la caja, mayor era la ilusión infantil. [...]

Me dolía un poco la cabeza. No atinaba a¹⁷ entender qué me pasaba, por qué mi desazón¹⁸. Aquella atmósfera opresiva, asfixiante, estaba cargada de malos presagios¹⁹. Salí a tomarme una aspirina. Comenté con Alicia la doméstica, pequeña, morena y maternal, lo caluroso que estaba el día.

—No hay aire —confirmó ella—. ¿Ya se fijó que no se mueve ni una hoja? Si no fuera porque estamos en diciembre, diría que va a llover.

Ciertamente que el ambiente cargado, tenso, recordaba la sensación que precede los grandes aguaceros del trópico. Pero también podría tratarse de algo peor. El corazón me dio un vuelco. No pienses eso, me dije. [...]

—Alicia, ayúdame a pasar la cuna de Maryam a mi cuarto —dije, en un impulso—. Está haciendo mucho calor —aclaré, justificándome—. Por lo menos que duerma con aire acondicionado.

Después de hacer el traslado, anduve arreglando cosas en la casa para ocuparme en algo y distraerme. Me arrepentí de haber dejado los paquetes en la tienda. Había sido un error. Me hacía falta ahora el rito de empaquetarlos sigilosamente²⁰, escondida de la niña.

Llegó mi esposo. Cenamos. Se burló otra vez de mi idea de usar como árbol de Navidad una palmera que adorné con luces y bolas de colores. Defendí mi palmera navideña, pero tuve que admitir que la pobre se veía desgajada²¹ y mustia, inepta para sostener ningún peso en las ramas.

A las diez de la noche al inclinarme sobre la cama de Maryam para calmarle el sueño intranquilo con palmaditas en la espalda,

escuché el sonido hueco²², lejano de una trepidación. Era como un trueno que viniera de la tierra. Sonaba a temblor, excepto que nada se movía.

—¿Oíste eso? —pregunté a mi esposo—. Creo que fue un retumbo.²³

—Oí algo —dijo—. Tal vez fue un avión. No te preocupes— y siguió viendo televisión, sin inmutilarse²⁴.

Me salí a la puerta para ver el cielo. Una luna llena, radiante, con un ancho halo rodado, brillaba en el horizonte. El cielo sin nubes pesaba sobre la ciudad. A lo lejos ladraban los perros. La noche lucía demasiado quieta. Antes de acostarme, dejé la llave de la casa junto a la puerta, mi bolso a la orilla de la cama. Por si acaso. Apenas habríamos dormido unas horas cuando sobrevino el terremoto²⁵. Eran las 12:28 de la mañana del 23 de diciembre de 1972. [...]

Mi esposo apareció al lado mío y dejé que él tratara de sacar a Maryam de la cuna, pero era como estar de pie sobre el lomo de un animal furioso. Por fin, no sé cómo, mientras yo gritaba que la sacara, él logró cargarla y salimos corriendo a través de la casa en tinieblas²⁶, que se balanceaba como barco sobre el oleaje rabioso²⁷ de una tierra que había perdido súbitamente su capacidad de ser el confiable punto de apoyo sobre el que transcurrían nuestras vidas. Adornos, plantas, cuadros, artefactos, caían al suelo y se quebraban estrepitosamente²⁸. [...] Llegamos a la puerta y le alcancé las llaves. Alicia, embozada²⁹ en una toalla, daba gritos y profecía entrecortadas jaculatorias³⁰: "Dios nos ampare. María Santísima. Madre Santa. Las tres Divinas Personas. Abra la puerta, don Mariano, abra la puerta". La puerta no se abría. Maldije la paranoia de Mariano que nos había llevado a vivir en aquella casa con rejas³¹ en todas las ventanas y hasta en el boquete³² del patio interior. Si la puerta no se abría, no tendríamos por donde salir. [...] Mariano, desesperado, forcejeaba con la puerta. Y al fin, empezó a patearla como loco, hasta que, milagrosamente, tras un descomunal jalón de la manija³³, la puerta se abrió lo suficiente para que nos pudiéramos deslizar³⁴ hacia fuera. Los vecinos ya estaban en la acera. El muro de la casa del frente cayó con un estuendado³⁵ ante nuestros ojos. La gente gritó. Hombres y mujeres se agarraban, lloraban, daban vueltas para un lado u otro, sin saber qué hacer. El pavimento se movía como una serpiente negra, viva. De pronto, tan súbitamente como empezara a temblar, la tierra se quietó. [...]

—Se está quemando Managua —gritó alguien. A los lejos se oían sirenas. Nos irradó el desamparo³⁶, nada podíamos hacer, estábamos a merced de fuerzas telúricas cuyo comportamiento era absolutamente impredecible y de las cuales no había forma de escapar. [...]

Cuando paró el segundo terremoto, Alicia, que vivía cerca, se marchó a buscar a su familia. Nosotros nos metimos al carro porque alguien dijo que era el lugar más seguro. Decidimos pasar la noche allí. Empezaba a hacer frío y yo tiritaba³⁷, me castañeteaban los dientes³⁸. No sé en qué momento recordé los juguetes que dejara empacando. Pensé en mi pobre hija que dormía en mis brazos envuelta en el mantel de crochet de comedor y que no tendría juguetes en Nochebuena, en aquella Navidad de pesadilla. [...]

Parecía mentira que en un instante la ciudad hubiera perecido y sólo quedaron en pie los barrios periféricos. La vida de cada habitante de Managua quedó marcada esa noche para siempre con la nostalgia por una ciudad que nunca resucitó. Recordé mis presagios del día anterior. Hacía años que presentía que me tocaría vivir un terremoto. Mi intuición no se equivocó, pero mi imaginación se quedó corta. Nunca pensé que viviría días como éstos.

El centro comercial estaba desierto. Las vidrieras de todas las tiendas se habían fracturado y caído al piso, dejando los almacenes abiertos. Junto al almacén de mi papá un negocio de venta de colchones³⁹ tenía una promoción en que regalaba muñecas lindas y enormes por la compra de un set matrimonial. Las muñecas eran casi del tamaño de mi hija Maryam. Estaban solas allí, tiradas sobre los colchones. Las muñecas solas y mi hija sin juguetes. Miré a todos lados pensando en lo fácil que sería. Acompañé a mi papá a su tienda. Todo estaba en el suelo, pero era recuperable. Empezamos a meter la mercadería en cajas y bolsas y transportarlas al camión. Las muñecas me veían desde las camaras. Cada vez que pasaba yo las miraba. [...]

Por fin llegó el turno de la última caja. Seguí a mi papá al camión. El chófer metió la llave en la ignición y encendió el motor. El ruido me hizo reaccionar.

—Ya regreso —grité, corriendo hacia la tienda con las muñecas—. Ya regreso.

Tenía que hacerlo. Cualquiera madre lo haría. Tomé la muñeca, me la puse bajo el brazo y regresé al camión. Me la acomodé en el regazo y le dije al chófer que podíamos marcharnos. Mi padre me abrazó sin decir nada.

Varios días después, en la casa de mis suegros, en Granada, donde nos refugiáramos, Maryam me miró mientras jugaba con la muñeca y me dijo, con esa mirada de concentración de los niños cuando han recapitado⁴⁰ —Mamá, qué alegre que no hubo terremoto donde vive Santa Claus.

¹de... left my gifts to be wrapped ²se... se ocuparía de hacerlo ³se... me pareció ⁴ta... a face of one of the three kings of the Magi ⁵fino linen ⁶atiborrado... lleno de ⁷alivio ⁸relief ⁹vientos... prevailing winds of the region ¹⁰amhorar to mitigate ¹¹hachorno siltly ¹²vilanacios Christmas carols ¹³acera sidewalk ¹⁴harapos ragged clothing ¹⁵sobre... on the windows ¹⁶fosted with artificial snow ¹⁷flagrante evidente

¹⁶con... with the limited budget available to us ¹⁷atinaba... pude ¹⁸desazon ansiedad ¹⁹malos... bad omens ²⁰sigilosamente secretamente ²¹desgajada bare ²²nuevo hollow ²³retumbo rumble ²⁴inmutilarse cambiar de actitud ²⁵terremoto earthquake ²⁶tinieblas oscuridad total ²⁷oleaje... wild surf ²⁸estrepitosamente con un clamor ²⁹embozada wrapped ³⁰profecía... uttered

intermittent exclamations ³¹rejas bars ³²boquete entrance ³³tras... after an enormous and strong pull to the handle ³⁴deslizar slip by ³⁵estuendado crash ³⁶desamparo hopelessness ³⁷tiritaba temblaba por el frío ³⁸me... my teeth were chattering ³⁹colchones mattresses ⁴⁰recapitado recuperado